

La guerra de Gaza ya está perdida

GABRIELA CAÑAS

Frente a la impotencia de la guerra y la devastación de la franja de Gaza, el llamado mundo libre debería estar muy agradecido a los estudiantes universitarios de Estados Unidos. Muchos europeos contemplamos al principio con cierta decepción las tímidas protestas que se producían en nuestros campus, pero la realidad es que les tocaba a los estadounidenses dar la primera voz de alarma contra esta situación porque lo que está en juego no es solo el posible fracaso de Biden para ser reelegido. Las voces que protestan contra la agresividad del ejército de Netanyahu apelan a un estado de cosas mucho más profundo que la batalla electoral entre republicanos y demócratas. Como indicaba hace unos días uno de los universitarios que se manifestaban en un campus de Estados Unidos: “¿Hay alguna diferencia entre ellos en lo relativo a Israel?”.

El recuerdo de la Segunda Guerra Mundial empieza a ser recurrente en referencia a la invasión de Gaza. La ONU, esa organización de supuesto gobierno global cuyas decisiones el Gobierno de Israel desprecia, ha comparado la devastación sufrida por una y otra contienda. En tan corto espacio de tiempo, el nivel de destrucción en vidas y haciendas de ambas es similar. Paradójico. El orden mundial establecido después de aquella destructiva guerra de hace 80 años es el mismo que permite e incluso favorece con armas o silencio cómplice que un país democrático y aliado no acate las resoluciones de la ONU, reprima a la prensa, vulnere impunemente los derechos humanos, ocupe territorios que no son propios, y destruya a sangre y fuego la Franja.

La guerra de Gaza ya está perdida. Si Benjamín Netanyahu se aviniera a acatar las crecientes amonestaciones de Biden y aceptara una tregua e incluso la retirada, el daño ya está hecho, y no solo por la sangre derramada. Recordemos: 1.400 muertos y casi 200 rehenes israelíes hechos prisioneros en aquel terrible ataque de Hamás el 7 de octubre, más unos 300 soldados israelíes muertos en estos casi ocho meses de conflicto en los que han fallecido también nada menos que 34.000 gazatíes.

El alto el fuego no pondría fin a una guerra que también se libra en otro campo de batalla, este global, y que es el campo de las ideas; fundamental para la civilización que defendemos. Las primeras escaramuzas se vivieron, justamente, en Estados Unidos. Las tímidas propuestas de los estudiantes en los campus de Estados Unidos a finales de año se saldaron en enero con una especie de *caza de brujas* que les costó el puesto a algunos rectores, como Claudine Gay (Harvard) o Liz Magill (Universidad de Pensilvania) por su supuesto antisemitismo. En realidad, sus polémicas respuestas a los congresistas republicanos se inscribían dentro del debate de la libertad de expresión de los estudiantes en los campus. Pero ni los republicanos ni algu-

Es urgente el cese de las hostilidades, pero también la revisión de unas reglas que desarman a la ONU

nas de las asociaciones judías más poderosas del país estaban dispuestos a aceptar matizaciones.

La propaganda reaccionaria, tanto en Estados Unidos como en Israel, insistió en tachar de antisemita cualquier manifestación contra la guerra. Es algo que solo la despiadada venganza de Netanyahu ha aplacado un tanto. Jérémy, un miembro de la Unión de Estudiantes Judíos de Fran-

cia que se manifestaba recientemente en la Sorbona, le explicaba al corresponsal de EL PAÍS Marc Bassets: “Se puede ser a la vez sionista y propalestino, considerar que hay una paz posible con dos Estados, y que podemos reconocer tanto el sufrimiento del 7 de octubre como el hecho de que en Gaza se desarrolla una masacre y hay una crisis humanitaria”.

Es urgente que el fuego cese en Oriente Próximo, que se libere a los rehenes, se reconstruya la Franja y se negocie una paz duradera. Pero, también, que se revise este orden mundial del que nos dotamos en 1945 y cuyas fisuras Gaza ha puesto, otra vez, de manifiesto. Porque es difícil defender la democracia y, por tanto, la libertad de expresión mientras se tolera una cruel devastación que, por consiguiente, profundiza en la polarización política y alienta las corrientes reaccionarias que amenazan la convivencia. La agresiva respuesta republicana a la decisión de la ONU de dar más voz (sin voto) a Palestina es una muestra de ello. Gran y desalentadora metáfora la del embajador israelí destruyendo el viernes la carta fundacional de la ONU.

Las protestas ahora globales ponen de manifiesto un malestar social en el mundo libre que exige unas reglas más acordes con la realidad actual y un respeto a los valores éticos vigentes que alentaron la Carta de Naciones Unidas, la misma organización que quedó, sin embargo, secuestrada desde el principio por las grandes potencias victoriosas de 1945.

Esta es una guerra de largo recorrido cuyo fin queda lejos de nuestras expectativas. Se está instalando un discurso simplón y demagógico en el que se pretende proscribir una canción por venir de Israel o se defiende a Palestina obviando la responsabilidad de Hamás en este conflicto. Podemos aspirar a una tregua en Gaza que detenga la masacre. Pero el problema perdurará. Con la ultraderecha avanzando en suelo europeo y Trump reinando en Washington será más difícil, si no imposible, resolverlo. Las reglas actuales desarman a la ONU frente a embestidas como la actual. Estados Unidos tiene una gran responsabilidad y el amigo israelí ayuda poco.

FLAVITA BANANA



MARTA PEIRANO

Apple aplastó la creación

Es una casualidad cósmica que el anuncio del iPad Pro salga justo la semana que está Kyle Chayka presentando su libro en Madrid. *Mundofiltro. Cómo los algoritmos aplanaron la cultura*, recién publicado por la editorial Gatopardo, describe cómo las plataformas digitales, de Facebook a TikTok pasando por Instagram, Pinterest, Netflix y Airbnb, amasan nuestros gustos, preferencias y expresiones aparentemente genuinas de nuestra personalidad única y las transforman en un engrudo homogéneo y estandarizado que se manifiesta en estéticas e ideologías monolíticas. En el anuncio de Apple, dirigido por Vania & Muggia, una máquina industrial aplasta literalmente instrumentos, televisores, botes de pintura, un

globo terráqueo, una máquina de arcade, un busto de mármol y toda clase de objetos artísticos con una prensa hidráulica hasta que solo queda el iPad más fino de la historia. Por si alguien no lo pilla, en un tocadiscos de vinilo suena *All I Ever Need Is You* (tú eres lo único que siempre he necesitado), de Sonny & Cher.

El primero en compartirlo fue Tim Cook, el CEO de Apple. Debió de sorprenderse mucho cuando empezó a leer los comentarios en la prensa especializada y la red social. Me lo imagino como Don Draper cuando propone el anuncio del hombre que se quita el traje en la playa y nada desnudo hacia el horizonte y todos los compañeros le miran alarmados porque piensan que se quiere suicidar. “Creo que

el anuncio funcionaría mucho mejor si fuera al revés —dice un comentario en X, antes Twitter—. Todos los objetos deberían expandirse desde el iPad en lugar de ser aplastados dentro de él”. Es el más generoso. Internet piensa que el anuncio es de mal gusto, que quieren aplastar y deshumanizar la creatividad. La empresa se ha disculpado diciendo que el vídeo “no dio en el blanco”. Yo creo justo lo contrario: dio tanto en el blanco que se quitaron la máscara y la gente se asustó.

En *Mundofiltro*, Chayka explica por qué buscamos y encontramos el mismo café con diseño industrial minimalista con plantas colgantes que sirve *flat whites*, *rolls* de canela y tostadas de aguacate de Tokio a Buenos Aires pasando por París, Liubliana o Madrid. El mismo Airbnb con muebles *midcentury*, lámparas de bola, pósteres motivacionales y kilim marroquí. La misma tienda *premium casual* de zapatillas japonesas, pósteres de arquitectura y prendas funcionales de algodón denso y lino lavado con banda sonora de MF Doom.

La misma cara de rasgos ambiguamente étnicos, pómulos altos, ojos felinos, frente prominente y labios con forma de corazón.

Ni esos lugares recurrentes pertenecen a la misma cadena ni esas modelos de rostro alienígena son de la misma familia, pero están unidos y han sido estandarizados por la prensa hidráulica de los algoritmos de recomendación. La presión que ejercen el número de *followers*, retuits y me gusta los ha transformado en esos planos clichés aspiracionales donde nos sentimos siempre cómodos porque representan los espacios seguros de lo algorítmicamente *cool*. En su anuncio, abiertamente llamado *crush* (aplastar), Apple ha revelado lo que realmente ofrece: una máquina de aplanar la cultura. Una herramienta de normalización. Mientras tanto, el arte y la naturaleza siguen siendo aquello que más nos conmueve. La forma de expresión y creación más capaz de inspirarnos y desafiarnos, expandir nuestra capacidad de asombro y devolvernos el sentido verdadero de la propia identidad.